
EL VERANO PERDIDO
MARÍA DE VALLES

El verano perdido



MARÍA DE VALLES

El verano perdido

© 2026, María de Valles
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. La villa de La Olmeda existió y sus restos pueden visitarse hoy en Pedrosa de la Vega (Palencia), pero la mayoría de los personajes y de los hechos de esta novela son imaginarios. La nota de la autora, al final del libro, cuenta qué es real y qué no.

Primera edición

CAPÍTULO 1

El mosaicista que no sabía colocar teselas

❧

A Tito Vario lo habían mandado a contar lo que otro escondía, y en la Hispania del año 457 esa era la manera más rápida de acabar con el cuello abierto en una cuneta. Por eso había decidido ser mosaicista. No es que supiera hacer mosaicos. No había colocado una tesela en su vida, pero en la bolsa de cuero que colgaba de la mula llevaba un martillo pequeño, unas tenazas, un cincel fino, dos paletas, una regla de bronce, un saquito de cal y un saco de piedrecitas de colores que le había costado más que la mula. Todo nuevo y reluciente. Lo había comprado en Pallantia hacía seis días a un artesano que, al verlo dudar entre dos martillos, le había preguntado con mucha amabilidad si era para regalo. Debajo de las herramientas, envueltas en un trapo viejo, iban tres tablillas de cera, y esas sí sabía usarlas.

—Tú no digas nada —le dijo a la mula—. Si alguien pregunta, llevamos toda la vida en esto.

La mula no dijo nada. Llevaba dos días sin decir nada y sin querer andar, que era su manera de opinar. El camino subía desde Pallantia siguiendo el Nubis, que en primavera bajaba crecido y marrón, cargado de ramas arrancadas de las montañas. A los lados, la vega se abría ancha y verde, cortada por acequias.

Había chopos, olmos, algún campo recién arado y charcos. Muchísimos charcos. Tito había descubierto que en aquella tierra llovía de una forma muy particular. No llovía mucho, pero no paraba nunca. Iba repasando su historia en voz baja.

—Me llamo Tito Vario. Soy de Emerita. Aprendí el oficio con mi tío. Huí cuando entraron los suevos. —Todo eso era verdad, menos lo del tío y lo del oficio—. Vengo a arreglar la cenefa del salón grande. Me manda un conocido del dominus.

Eso último también era verdad, más o menos. El conocido era un funcionario del fisco de Pallantia, con cara de pez, que se lo había explicado todo mientras se comía unas aceitunas.

—El viejo Sabino declara doce casas de colonos. Doce. Tiene una villa que parece un palacio y paga como si tuviera un huerto. Ve, cuenta, apunta y vuelve. Y que no te pillen.

—¿Y si me pillan? —le había preguntado Tito.

—Pues procura que no te pillen —le había contestado.

Con ese consejo tan útil había salido de viaje.

Vio la villa antes de lo que esperaba, y lo primero que pensó fue que el de la cara de pez se había quedado corto. Aquello no era una casa, era un pequeño palacio plantado en mitad del campo. Un edificio enorme y cuadrado, de paredes enlucidas y tejados rojos, con una torre en cada esquina. Las dos de delante tenían ocho lados, como las de las ciudades importantes, y las de atrás eran cuadradas. Ante la entrada se levantaba un pórtico con columnas, y aquel día, con el cielo gris, las columnas parecían todavía más blancas.

Alrededor, como pollitos en torno a una gallina, había de todo. Graneros, cobertizos, corrales, un horno que echaba humo, casitas bajas de adobe, huertos y montones de leña. La gente iba y venía. Un niño persiguiendo a un cerdo y un cerdo persiguiendo a otro niño. Tito empezó a contar sin darse cuenta, porque era una manía. Contaba escalones, contaba tejas, contaba las veces que un hombre decía «¿eh?» mientras hablaba. Y ahora contaba humos, los que salían por los tejados de cada casa. Uno, dos, tres… once, doce… diecisiete. Diecisiete humos. Y solo por este lado.

—Doce casas —murmuró—. Sí, hombre.

—¿Quién eres? —preguntó una voz a su espalda.

Tito pegó un bote en la mula, y la mula, por primera vez en dos días, reaccionó. Dio un paso adelante, justo el necesario para que Tito se fuera hacia atrás. Consiguió no caerse. Casi. El que había hablado era un hombre de unos cincuenta años, bajo y ancho, con la cara curtida y los brazos cruzados. Llevaba una túnica gris sin adornos y un manojo de llaves colgando del cinturón. No sonreía, y daba la impresión de que llevaba mucho tiempo sin sonreír, y de que no lo echaba de menos.

—Tito Vario —se presentó Tito, recolocándose—. Mosaicista. Vengo de Emerita. Bueno, de Pallantia. Pero soy de Emerita. Me esperan.

—Nadie me ha dicho nada —contestó el hombre.

—Pues me esperan igual —insistió Tito.

El hombre lo miró de arriba abajo, muy despacio. Como quien mira un caballo antes de comprarlo y ya ha decidido que no lo va a comprar.

—Soy Vétilo —dijo por fin—. El vilicus.

Tito sabía lo que era un vilicus, el capataz, el administrador, el que lleva las cuentas de la finca y sabe cuántos sacos hay en cada granero y quién ha robado una gallina. Justo la última persona a la que le convenía caerle mal.

—Encantado —dijo Tito.

Vétilo no dijo si él también lo estaba. Se acercó a la mula, abrió la bolsa sin pedir permiso y miró dentro. A Tito se le encogió el estómago hasta el tamaño de una tesela. Pero Vétilo solo sacó el martillo, lo sopesó y lo volvió a meter.

—Está nuevo —observó Vétilo.

—Lo cuido mucho —se apresuró a decir Tito.

—Ya.

Luego hizo algo peor. Le cogió la mano derecha, le dio la vuelta y le miró la palma. Tito también la miró, por solidaridad. Era una mano limpia, blanda, sin un solo callo, una mano que en toda su vida no había levantado nada más pesado que un tintero.

—Tienes manos de notario —sentenció Vétilo.

—Uso guantes —soltó Tito.

Fue lo primero que se le ocurrió. En cuanto lo dijo, supo que era lo más tonto que había dicho en años. Vétilo le soltó la mano. Lo miró un momento más, en silencio. Luego se dio media vuelta.

—Sígueme —ordenó—. El dominus está en los baños y tardará. Mientras tanto, que te enseñen la casa.

La que le enseñó la casa fue una chica. Apareció por una puerta lateral con una cesta de huevos en cada brazo, y Vétilo se lo dijo sin detenerse.

—Marciana. El mosaicista. Enséñale el salón.

Y Vétilo desapareció. Marciana tendría unos veinte años y era morena, delgada, con una trenza larga y unos ojos que se movían muy deprisa, como si estuvieran siempre apuntando cosas. Dejó las cestas en el suelo, miró a Tito, miró la mula, miró las herramientas y volvió a mirar a Tito.

—¿Tú eres el que viene a arreglar la cenefa? —le preguntó.

—El mismo —respondió Tito.

—Hum —hizo ella.

—¿Qué?

—Nada —dijo Marciana—. Que el último que vino tenía más canas. Y más barriga. Y olía a cal.

—Yo me lavo —se defendió Tito.

A ella se le escapó media sonrisa. La otra media se la guardó.

—Ven —indicó Marciana—. Y cuidado con el perro, que muerde a los que no conoce.

—¿Y a los que conoce? —preguntó Tito.

—A esos también, pero con más cariño.

Entraron por el pórtico, entre las columnas. De cerca eran de mármol de verdad, blanco con vetas grises, y frías al tacto. Tito no pudo evitar calcular lo que costaría traer aquello hasta allí. Mucho. Muchísimo. Más de lo que él ganaba en diez años, seguramente. Dentro, la casa se ordenaba alrededor de un gran patio con jardín, rodeado por cuatro galerías con columnas. Y los suelos... Tito se paró en seco al verlos. Los suelos estaban cubiertos de mosaicos. La galería entera, de punta a punta. Dibujos que se repetían y se enredaban unos con otros, cuadrados, círculos, trenzas, estrellas y coronas de laurel. Millones de piedrecitas diminutas, rojas, negras, blancas y amarillas, puestas una a una por alguien con más paciencia que un santo.

—Madre mía —murmuró.

—¿No habías visto nunca uno? —preguntó Marciana.

Tito tardó medio latido en darse cuenta del error.

—Uno tan bonito, no —rectificó Tito—. En Emerita son más... ¡feos!

—Ya —dijo Marciana.

Marciana decía «ya» igual que Vétilo. Tito empezó a sospechar que en aquella casa se enseñaba a decir «ya» desde pequeños.

Cruzaron varias salas, y algunas estaban templadas, casi calientes, aunque fuera hacía fresco. Tito se agachó y puso la mano en el suelo.

—Está caliente —dijo.

—Hipocausto —dijo Marciana—. Debajo del suelo hay un hueco con pilas de ladrillo. Desde fuera se enciende un horno, el aire caliente pasa por debajo y calienta la sala. En invierno aquí se está mejor que en ningún lugar del mundo.

—¿Y cuántas salas tienen eso? —preguntó Tito.

—Doce —contestó ella.

Tito lo apuntó mentalmente. Doce salas con calefacción. Doce casas de colonos declaradas. Qué casualidad tan graciosa. El viejo Sabino tenía tantas salas para calentarse los pies como familias trabajando para él. Según el fisco, claro.

—Eres muy preguntón para ser mosaicista —dijo Marciana.

—Es que me gusta aprender —repuso Tito.

—Ya —dijo ella.

El salón grande estaba al fondo, justo enfrente de la entrada, para que cualquiera que entrase en la casa lo viera y se quedase con la boca abierta. Y Tito se quedó con la boca abierta. Era una sala inmensa y alta, con la luz entrando por las ventanas, y el suelo entero, de pared a pared, era una sola pintura hecha de piedras.

—El oecus —explicó Marciana, bajando la voz sin darse cuenta, como se baja en un templo—. Aquí es donde el dominus recibe a la gente importante. Y donde se come cuando hay invitados que merecen la pena.

En la parte más cercana a la puerta había una cacería. Hombres a caballo y a pie, con lanzas y espadas, persiguiendo animales. Un oso levantado sobre las patas de atrás. Un jabalí rodeado de perros, con cara de estar muy ofendido. Un león echado encima de un ciervo. Y otros que Tito no había visto en la vida. Un tigre con rayas como de fuego y un leopardo lleno de manchas que tenía a un cazador tirado en el suelo, tapándose con el escudo. Alguien los habría copiado de algún dibujo traído de África, porque por la vega del Nubis, que Tito supiera, no había tigres. Los caballos parecían correr de verdad.

Más allá, en el centro, había otra escena. Un grupo de mujeres elegantes en un palacio, alborotadas, y en medio de ellas una figura alta, vestida también de mujer, que acababa de agarrar un escudo y una lanza. A un lado, unos hombres con casco soplaban trompetas. Las joyas de las princesas brillaban de verdad. Tito se agachó a mirarlas de cerca y vio que algunas teselas estaban cubiertas por una lámina finísima de oro.

—Oro —susurró, sin poder evitarlo.

—Oro —confirmó Marciana—. No lo pises mucho.

—¿Y esta escena? —preguntó Tito.

Marciana lo miró de reojo.

—Aquiles —dijo—. En la isla de Esciros. ¿No conoces la historia?

—Sí, sí. Claro —se apresuró a decir Tito—. Aquiles. El de... Aquiles.

Marciana suspiró.

—A Aquiles le habían dicho que si iba a la guerra de Troya se moriría. Así que su madre lo escondió en un palacio, vestido de chica, entre las hijas del rey. Ulises sabía que estaba allí, pero no sabía cuál era. Así que se disfrazó de mercader y llevó regalos para las princesas, telas, joyas y... un escudo y una lanza. Luego mandó tocar las trompetas de guerra. Las chicas se asustaron, pero Aquiles no. Aquiles cogió las armas.

—Y se descubrió —apuntó Tito.

—Y se descubrió. —Marciana miró la figura del mosaico—. A mí siempre me ha dado pena.

Alrededor de toda la escena corría una cenefa ancha, como un marco. Dentro de unos óvalos había caras. Hombres y mujeres, casi todos jóvenes, mirando al frente con los ojos muy abiertos, separados por unos patos raros que terminaban en cola de delfín. Las caras estaban hechas con unas teselas tan pequeñas que, de lejos, parecían pintadas. En las esquinas había cuatro figuras más, de mayor tamaño. Marciana se las fue señalando.

—La Primavera, con flores —enumeró—. El Otoño, con uvas. El Invierno, tapado con un velo, porque tiene frío. Y el Verano.

El Verano era una mujer joven, con espigas de trigo en el pelo y la piel morena del sol. Tenía una media sonrisa rara, como si supiera algo que tú no sabías.

—Es la más bonita —dijo Tito, y esta vez no mentía.

—Es la mía —confesó Marciana—. Bueno. Mi preferida.

Tito la miró mientras ella miraba al Verano. Por un momento ella pareció olvidar que tenía al lado a un mosaicista sospechoso.

—La parte rota está ahí. —Señaló un trozo de la cenefa, junto a la esquina del Verano, donde faltaban piedras y asomaba el mortero—. Se hundió un poco el suelo este invierno. Cosas de la humedad. Hay que rellenarlo igual que estaba. Sin que se note.

—Sin que se note —repitió Tito, con un sudor frío en la nuca.

—¿Algún problema? —preguntó Marciana.

—Ninguno —contestó Tito.

El dominus Quinto Aurelio Sabino entró en el oecus como entran los emperadores en las monedas, de perfil, con la barbilla alta y convencido de que lo estaba mirando todo el mundo. Era un hombre mayor, de setenta años por lo menos, alto y delgado, con el pelo blanco peinado hacia delante y la piel todavía sonrosada por los baños. Llevaba una túnica larga de lana fina con bordados, y en la mano un anillo tan grande que parecía que era el anillo el que llevaba al hombre. Detrás venía Vétilo, con cara de haber tenido una conversación que no le había gustado.

—¡El artista! —exclamó Sabino, abriendo los brazos—. Por fin. ¿Sabes lo difícil que es encontrar hoy en día a alguien que sepa hacer esto? Todos se han ido. Unos a la Gallia, otros al cementerio, otros a donde se los han llevado los suevos. Ya no quedan manos, muchacho. Ya no quedan manos.

Tito escondió las suyas detrás de la espalda por puro instinto.

—Es un honor, dominus —dijo.

—Lo es. Lo es. —Sabino se volvió hacia el mosaico y lo contempló con el cariño con que otros miran a sus nietos—. «Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles». ¿Conoces a Homero?

—Un poco —contestó Tito.

—Nadie conoce a Homero un poco. O lo conoces o no lo conoces. Es como el vino. —Se acercó a la cenefa y empezó a señalar las caras de los óvalos, una por una—. Mira. Estos son los míos, mi familia. Este es mi bisabuelo, esta, su hermana, y aquel, un primo lejano, que llegó a sentarse a la mesa con el mismísimo Teodosio. Teodosio, muchacho. El emperador. Nacido en Cauca, a cuatro días de aquí. Hispano, como tú y como yo. Nuestra familia y la suya… bueno. Digamos que se conocían bien. —Se metió dos dedos en la bolsa del cinturón y sacó un medallón de bronce, grande como la palma de la mano, con la cabeza de un emperador de perfil—. Mira. Teodosio. Se lo regaló a mi abuelo en persona. Tengo otro igual con la cara de Nerón, pero ese no lo enseño, porque Nerón era mala compañía. —Se lo volvió a guardar con mucho cuidado—. Hay que saber de quién se presume, muchacho.

Tito miró las caras. Todas tenían un aire parecido, los mismos ojos grandes, la misma nariz recta, el mismo gesto serio. Como si las hubiera hecho la misma persona copiando el mismo modelo. Lo cual, pensándolo bien, era exactamente lo que había pasado.

—Se nota el parecido —dijo, porque algo había que decir.

Sabino se volvió hacia él, encantado.

—¿Verdad que sí? —Y luego, a Vétilo—. ¿Ves? Tiene ojo. Te lo dije. Tiene ojo.

Vétilo no dijo nada. Pero miró a Tito de una forma que dejaba claro que, en su opinión, lo único que tenía Tito era mucho morro.

—Bueno, bueno. No te entretengo más. —Sabino dio dos palmadas—. Quiero ver cómo trabajas. Me encanta ver trabajar a los artistas. Es como ver a un dios creando el mundo, pero en pequeño.

—¿Ahora? —preguntó Tito.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —replicó Sabino.

Tito tenía muchas cosas mejores que hacer. Por ejemplo, subirse a la mula, volver a Pallantia y decirle al de la cara de pez que se buscara a otro. Pero no dijo ninguna. Se arrodilló junto al trozo roto y notó que el suelo estaba templado. Abrió la bolsa, sacó la paleta, el martillo y el saco de teselas, y se quedó mirándolo todo como quien mira las piezas de un mueble que viene sin instrucciones. Sentía tres pares de ojos en la nuca. Los de Sabino, entusiasmados. Los de Vétilo, desconfiados. Los de Marciana, que él no sabía cómo eran porque no se atrevía a mirarla. Vale, pensó. No puede ser tan difícil. Es poner piedritas.

Había visto hacerlo una vez, en Emerita, de niño. El hombre ponía un poco de pasta, luego colocaba las teselas una a una, apretando, muy juntas, y luego pasaba algo por encima. O algo así. Mezcló un poco de la cal que llevaba con agua de un cubo que alguien había dejado allí. Le quedó demasiado líquida. Añadió

cal. Le quedó demasiado espesa. Añadió agua. Le quedó exactamente igual que al principio, pero el doble.

—Interesante técnica —comentó Sabino.

—Es la de Emerita —dijo Tito.

Extendió la pasta en el hueco. Luego buscó en el saco una tesela del mismo color que las de alrededor, un amarillo tostado, como el trigo. Encontró una que se le parecía bastante. La cogió con los dedos, la puso en su sitio y apretó. La tesela se hundió en la pasta como una piedra en un charco. Desapareció. Hubo un silencio.

—¿Eso es normal? —preguntó Sabino.

Tito metió los dedos en la pasta, rescató la tesela, que salió blanca y goteando, y la miró con el ceño fruncido, como si la culpa fuera de ella.

—Es la humedad —aseguró.

—¿La humedad? —repitió Sabino.

—La del Nubis. —Señaló con la cabeza hacia la ventana, hacia donde, en algún sitio, corría el río—. Aquí la tierra está muy húmeda. La cal no agarra igual. En Emerita, con el calor, fragua enseguida. Aquí tiene que… reposar… y asentarse. Es un proceso.

Sabino se quedó pensando. Luego asintió despacio y muy serio.

—Tiene sentido —concedió—. Mi difunta esposa decía lo mismo del pan.

A su espalda, Tito oyó un ruidito corto. Tardó un momento en entender que era Marciana, tapándose la boca para no reírse. Vétilo no se reía. Vétilo miraba la tesela blanca, goteando, entre los dedos blandos de Tito.

—Dejaremos que repose —anunció Tito, poniéndose de pie—. Mañana a primera hora estará lista. Y yo también.

—¡Excelente! —Sabino le dio una palmada en el hombro—. Vétilo, que le den la habitación de la galería oeste. Y cena caliente. Los artistas trabajan mejor con el estómago lleno. Eso también lo decía mi esposa. Aunque ella lo decía de los esclavos.

La habitación era pequeña, con una cama, un arcón, un candil y un ventanuco que daba a la parte de atrás, a los graneros. A Tito le pareció perfecta, sobre todo por el ventanuco. Cenó sopa de habas, pan y un trozo de queso duro. Luego esperó a que la casa se quedara en silencio. Cuando solo se oían los grillos y, muy de vez en cuando, algún perro, sacó las tablillas del fondo de la bolsa, encendió el candil y se sentó en la cama con el punzón en la mano. Allí, por fin, se sintió en su terreno. Escribió deprisa, con letra pequeña.

Villa de Q. Aurelio Sabino, a cuatro millas de Saldania, cerca del Nubis.

Casas de colonos declaradas, 12.

Humos contados a la llegada, 17, y solo por un lado. Faltan los otros.

Graneros, 4 vistos. Grandes.

Salas con hipocausto, 12.

Columnas de mármol en la entrada. Mármol traído de fuera. Caro.

Mosaicos en todas las galerías. Muy caros.

Se paró. Lo leyó. Y añadió una línea más.

El dominus no es tonto. El vilicus, menos. Cuidado con la chica.

Borró lo de la chica con el lado plano del punzón, pero luego lo volvió a escribir. Envolvió las tablillas en el trapo, las metió en el fondo de la bolsa, debajo de todas las herramientas, y dejó la bolsa junto a la cama, pegada a la pared, donde quien quisiera cogerla tendría que pasar por encima de él. Apagó el candil. Estaba cansado, y se durmió enseguida. En algún momento de la noche le pareció oír pasos en la galería. Pasos lentos, que se detenían justo delante de su puerta, y se quedaban ahí un rato, pero luego se iban. Pensó que lo estaba soñando, se dio la vuelta y siguió durmiendo.

Por la mañana, lo primero que hizo fue mirar la bolsa. Estaba en su sitio, pegada a la pared, junto a la cama. Nadie, que él supiera, había pasado por encima de él. Soltó el aire, aliviado, y metió la mano para sacar el martillo. Entonces se dio cuenta. Las herramientas estaban dentro, todas, pero no como él las había dejado. Él las había metido de cualquier manera, a puñados, como mete las cosas alguien que no sabe para qué sirven. Ahora estaban ordenadas, las paletas juntas, el martillo al lado de las tenazas, la regla de bronce a lo largo, recta, pegada al cuero, como las colocaría alguien que sí sabía para qué servían. Tito metió la mano hasta el fondo, con el corazón dándole golpes en el pecho. El trapo seguía ahí. Las tres tablillas seguían dentro.

Pero el nudo del trapo no era el suyo.

«A Tito Vario lo habían mandado
a contar lo que otro escondía».

Primavera del año 457. Los godos acaban de arrasar Asturica y nadie sabe hacia dónde irán después. Tito Vario, escribano del fisco de Pallantia, llega a una villa junto al río Nubis, haciéndose pasar por mosaicista. Su misión parece sencilla. Contar las casas de colonos que el viejo Sabino no declara.

Pero Tito no ha colocado una tesela en su vida. Y en la casa más bonita de Hispania, la de las cuatro torres y el gran mosaico de Aquiles, nada es lo que parece. Ni el dueño, ni su sobrino jugador, ni el capataz de las llaves, ni Marciana, que no tarda en descubrirlo.

Cuando los godos llegan buscando el oro de la villa, todos tendrán algo que esconder. Un tesoro. Un pasado. Y una tumba para un hombre que nunca existió.

Una novela de aventuras y de humor
inspirada en la villa romana de La Olmeda,
en cuyo mosaico falta todavía hoy el Verano.